

PARAÍSO

PARAÍSO

RAÚL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

sello
EDI

© Trabajo editorial
Sello Editorial Dimensión Inédita
www.selloedi.com

PARAÍSO
© Raúl Méndez Rodríguez, 2026
www.rgmendezr.com

Revisado con ayuda de IA
Julio 2026

Méndez Rodríguez, Raúl
Paraíso / Raúl Méndez Rodríguez. –
Primera edición – San Ramón, Alajuela,
Costa Rica: Sello EDI, 2026.
82 páginas; 13.97 × 21.59 cm

1. NOVELA COSTARRICENSE.
2. LITERATURA COSTARRICENSE.
I. Título.

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

Con cariño, R.

I

El monedero de cuero gastado de Bernarda no hacía ruido cuando Clodomiro metía la mano. Eran dedos finos, casi transparentes, capaces de deslizarse entre las monedas gruesas de cinco colones para buscar las piezas pequeñas de cincuenta céntimos; aquellas que pesaban poco en el bolsillo pero sonaban limpias al chocar contra el lastre del camino. El niño salía del cuarto despacio, arrastrando los pies por el corredor de tierra, con el aire ausente del que acaba de cometer un milagro doméstico.

La pulpería de don Chano olía siempre a manteca de cerdo, a sacos de yute húmedos por la llovizna de la tarde y a keroseno evaporado. Detrás del mostrador de madera carcomida brillaba un tarro de vidrio grueso donde los confites ácidos se pegaban unos a otros; esferas de color naranja, amarillo rabioso y verde limón cubiertas de un polvo blanco que picaba en la punta de la lengua. Clodomiro los compraba con el dinero exacto, sin pedir rebaja ni mirar al pulpero. Don Chano, con las uñas sucias de picadura de tabaco, le advertía que esos confites torcían la boca del más pintado. El niño los recibía en la palma y respondía con un monosílabo seco: para eso los quería.

El reparto en el callejón trasero tenía un orden riguroso. A los muchachos que le regalaban canicas les tocaban los dulces amarillos, que daban una saliva espesa pero pasaban rápido. A Federico, que le había ganado una carrera en la plaza y le había gritado orejón frente a las muchachas, le entregó el confite

verde, el más oscuro, el que sabía a vinagre y cal. Clodomiro observó el quiebre: los ojos del otro llenándose de un agua sucia, la mandíbula apretada para no escupir, la garganta tragando con un quejido sordo. El polvo blanco le quedó pegado al pulgar. No levantó la mano; no hizo falta.

Federico aguantó el veneno con la cara encendida y las rodillas peladas clavadas en la acera. No hubo llanto. Mordió el confite a la mitad con un crujido seco y tragó los pedazos como si fueran piedras de río. Dijo que estaba bueno. Clodomiro sintió un frío repentino en la nuca, sacó otro dulce de la bolsa y se lo puso en la mano sin hablar.

Al caer la tarde, Bernarda vació el monedero sobre la mesa rectangular de la cocina. No amontonaba el dinero por denominación, sino por el grosor del metal, asegurando que las monedas delgadas eran las primeras en aprender a perderse cuando la casa se llenaba de humo. El muchacho la miró desde el umbral, con la camisa desabotonada y el polvo del camino pegado a las mejillas. En el fogón, una olla de hierro hervía agua con un borboteo ruidoso que no lograba disimular la escasez de la cena.

Bernarda no levantó los ojos de las monedas. Le preguntó si habían estado muy dulces. Clodomiro sintió el peso del discurso que había ensayado junto a la cerca: los huérfanos de la colina, la caridad que Dios anota en su cuaderno, la debilidad de la carne. Las palabras se le quedaron secas en la garganta, inútiles frente a la taza de peltre desportillada. Su madre no miraba el dinero ausente; le miraba la comisura de los labios, la uña sucia con la que

escarbaba el suelo y el bolsillo del pantalón abultado por la bolsa de papel.

Ella cerró el broche de latón del monedero con un golpe metálico y dejó una sola moneda sobre la madera astillada. Dijo que hasta el veneno más feo busca papel de regalo vistoso para entrar en las casas. Clodomiro quiso jurar por el altar de la iglesia que no tocaría un colón más. Al día siguiente volvió a la pulpería de don Chano, pero esta vez compró dulces de menta, de los suaves, los que no hacían llorar a nadie pero dejaban un sabor a farmacia en la boca.

II

Bernarda Delencanto se levantaba antes de que los gallos terminaran de aclarar la garganta si escuchaba un silbido en el pecho de alguno de sus hijos. No volvía a la cama. Ponía a hervir café fuerte, revisaba las camisas remendadas que se secaban al viento sobre el cerco de alambre y contaba a los carajillos por sus nombres cortados; se reía con una risa ronca de los hombres del pueblo que hablaban de gobernar el país con la misma soltura con la que evitaban agarrar una escoba.

Llevaba un vestido de percal azul con remiendos toscos hechos por el revés. Los domingos, para subir a la misa de diez, caminaba derecha como una regla y nadie notaba el zurcido bajo la axila izquierda. En la cocina, al desabotonarse para el almuerzo, repasaba las puntadas con la yema del dedo pulgar y arrancaba con los dientes los hilos que asomaban por fuera.

Clodomiro la observaba desde el suelo, con un clavo oxidado entre los dedos con el que trazaba líneas inútiles sobre la tierra apisonada del piso. Aquella manía de esconder los nudos le pareció una tontería de vieja. Más tarde, cuando el polvo del piso se le metía bajo las uñas, volvió a mirar la axila zurcida sin saber por qué.

El día que el padre decidió mandarlo al cerro con la abuela, Bernarda tenía las manos metidas en una masa de maíz amarillo. El hombre habló de la crianza del muchacho con una voz impostada, prestada de los discursos del pulpero o del juez de paz. Dijo que al muchacho le faltaba un azadón en la mano. Dijo que

la mesa ya no daba para tantos platos. Habló de espaldas, mirando por la ventana hacia una yegua flaca que buscaba sombra bajo el poró.

Bernarda hundió los dedos en la masa, sacó una bola amarilla y la dejó caer sobre la tabla con un peso húmedo. Dijo que mandar al carajillo a otra cocina no borraba lo que ellos mismos no querían ver en la suya. El hombre le ordenó que se callara y lo mirara ella, si se creía tan sabia. Ella soltó una carcajada corta que sonó a sartenazo. En el fregadero había platos grasientos, en el patio tres gallinas cluecas picoteaban un pedazo de jabón y junto a la hornilla dos niños se disputaban una cáscara de plátano verde. Dijo que eso venía haciendo desde que firmó el papel en el juzgado.

El padre de Clodomiro no encontró palabra para responder. Salió al patio a remendar un portón que no tenía los clavos sueltos.

La madre llamó al muchacho al rincón del fogón. Clodomiro esperaba un escapulario, una bendición con lágrimas, un papel escrito que le diera importancia frente a sus hermanos. Ella le puso en la palma una aguja larga envuelta en un retazo de manta sucia. Le dijo que la llevara para cuando tuviera que coser su propia ropa rota. El niño dijo que él no sabía de costuras. Ella le contestó que por eso precisamente se la entregaba.

Clodomiro sintió un calor de vergüenza en el pecho. Le pareció un regalo de pobre. Una aguja no servía para defenderse de los perros del camino ni brillaba en el bolsillo del pantalón. La guardó junto a los dos confites ácidos que le quedaban en la bolsa.

Bernarda lo besó en el pelo sin hacer ruido. No hubo llanto. Volvió a la batea y clavó los nudillos en la masa como quien tapa una grieta. Años después, las beatas del pueblo contarían que aquella mujer había entregado a su hijo a la iglesia con alegría santa. Nadie supo que, mientras el muchacho subía la cuesta de lastre, la madre se rompió una costura vieja con los dientes y se pinchó el labio inferior hasta sacarse sangre para no gritar.

III

La última mañana de Bernarda en la casa del callejón olía a sudor rancio, a hojas de naranja agria hervidas y a sábanas empapadas de agua fría. Pidió que abrieran el portón trasero para que entrara el aire de la montaña. Una vecina, con un rosario negro entre los dedos, le advirtió que el polvo del camino le haría mal a los pulmones. Bernarda quiso responder con una grosería, pero el dolor le trancó la garganta antes de la primera sílaba.

El parto había comenzado cuando el sol se ocultó detrás del cerro. Al principio fue solo un quejido sordo, parecido al de tantas noches de cansancio. Después, el cuerpo de la mujer dejó de escuchar razones. Las vecinas entraron con baldes de agua caliente, manteca de gallina y escapularios doblados en cuatro. La abuela de Clodomiro se remangó las mangas de la blusa, escupió en el rincón y dijo una palabra gruesa que nadie se atrevió a censurar.

Los hombres se quedaron en el corredor exterior. Conversaban sobre el precio del café en la provincia, sobre una ternera herrada que se había despeñado en la quebrada y sobre la lluvia que amenazaba el camino de lastre. El padre de Clodomiro se quitaba el sombrero de fieltro, le limpiaba el polvo con la manga y se lo volvía a encasquetar con el mismo movimiento mecánico. Cada uno de sus gestos parecía pedir disculpas por no tener un rincón donde esconderse de los gritos de adentro.

Clodomiro se escurrió por debajo de la baranda del corredor hasta llegar al marco de la puerta del cuarto.

Vio la mano derecha de Bernarda colgando fuera del jergón de paja. Esa mano que tantas veces había contado monedas delgadas, remendado camisas de un azul descolorido y limpiado la frente de los carajillos con fiebre, ahora estaba abierta, vacía, con las uñas llenas de tierra de la batea. En el suelo de tierra apisonada corría un hilo de agua oscura. Una gallina tuerta entró al cuarto a picotear el fango y una vecina la ahuyentó de un puntapié seco.

La abuela gritó que sacaran al carajillo de ahí. Nadie se movió. O nadie tenía tiempo para fijarse en él.

El cura de la parroquia llegó cuando la luz de la tarde empezaba a ponerse amarilla. Venía oliendo a lavanda y a cera de altar. Habló de la corona del sufrimiento, del descanso eterno y del pago que Dios hace a las madres abnegadas en el cielo. Sus palabras sonaban limpias, redondas, casi hermosas en una habitación que apestaba a sangre y a sudor viejo. Clodomiro las escuchó con una fijeza de hambriento. La música de ese lenguaje tapaba la crudeza de lo que tenía frente a los ojos. Sintió un aliciente cobarde y, de inmediato, un asco profundo por haberlo sentido.

Bernarda Delencanto dejó de respirar antes de que el cura terminara de untarle el aceite en la frente. El carajillo que acababa de nacer no hizo ningún ruido. Una vecina comentó que Dios sabía lo que hacía al llevárselos juntos y se santiguó dos veces con una rapidez sospechosa.

Esa noche, Clodomiro buscó la aguja de coser sacos que su madre le había dado. La desenvolvió junto a las cenizas del fogón apagado. Pensó en enterrarse la punta en el centro de la palma para ver si el dolor de

adentro obedecía a un metal frío. Acercó la punta a la carne hasta que apareció un punto blanco, seco, sin sangre. Se detuvo antes de romper la piel.

Al amanecer, el vecindario ya tenía lista una explicación aceptable para el entierro. Dijeron que Dios la había llamado para su gloria porque ya había cumplido su tarea de madre. Clodomiro escuchó aquellas frases repetidas por bocas que nunca habían tenido que lavar una sábana ensangrentada en la quebrada. En cada palabra grande, la puerta del cuarto se iba cerrando un poco más.

IV

La abuela Josefa recibió al muchacho con un plato de yuca harinosa y una frase que no traía compasión en las sílabas. Le dijo que venía oliendo a humo de casa ajena. Su rancho del cerro tenía cuatro santos de yeso con las narices rotas, una mesa de tres patas apoyada contra la pared, leña húmeda amontonada bajo el catre y una gotera pertinaz que cambiaba de lugar según el viento que trajera la llovizna. La vieja no mandaba a reparar la mesa; decía que en una casa de pobres siempre debe haber algo torcido para recordar que el mundo no se hizo para estar cómodos.

A Clodomiro le ponía el pedazo de yuca más grande en el plato cuando sus tíos no estaban en la cocina. En la calle lo presentaba como una criatura del Señor, pero en el rancho le decía que era su purgatorio adelantado. El muchacho entendió rápido que la abuela podía quererlo y amolarlo al mismo tiempo, sin que ninguna de las dos cosas le estorbara para seguir barriendo el patio.

Rezaban antes de que el sol pegara en las lomas. La vieja no cerraba los ojos durante las avemarías; con una mano sostenía el rosario de madera de poró y con la otra vigilaba que los gatos no se metieran con la cuajada de la hornilla. El crucifijo de la pared colgaba de un clavo torcido. Clodomiro intentó enderezarlo una tarde de lluvia. La abuela le gritó que lo dejara quieto, que al de arriba no le pasaba nada por mirar el mundo de lado.

Por las tardes lo mandaba a traer agua a la naciente del cerro. El balde de metal le golpeaba la rodilla

flaca con un ritmo metálico y le dejaba la piel morada antes de llegar a la cuesta. Clodomiro se quejaba usando palabras de hombre viejo que había escuchado en la pulpería. Ella lo dejaba hablar hasta que la queja empezaba a sonar a lástima propia. Le advertía que no metiera los rezos en sus rabieta, que ya había suficiente gente usando la Biblia para pelear por un pedazo de tierra.

Con la aguja de Bernarda, el muchacho aprendió a coser los sacos de café que se rompían en la bodega. Los puntos le salían toscos, desiguales, como dientes de viejo. La abuela pasaba la mano seca sobre la costura, tiraba del hilo con fuerza y asentía con un murmullo. Decía que mientras sostuviera el grano, lo feo de la puntada no le importaba al comprador de la ciudad.

A veces, antes de dormirse sobre el jergón de hojarasca, Clodomiro pedía maldades pequeñas al de arriba: que al vecino de la par se le secara el limonero, que el primo que le quitaba las canicas se machucara un dedo con el hacha, que la muchacha que no le devolvía el saludo tropezara en el barrial de la plaza. Se arrepentía antes de que terminara de rezar. Al final no sabía a quién le había hablado: si al de arriba, al recuerdo de su madre o a la sombra que se movía dentro de él cuando todos dormían.

La abuela lo descubrió una tarde mirando fijamente los santos de yeso. Le dijo que a él no le importaba la salvación; lo que le gustaba era que toda la gente mirara para donde él apuntaba con el dedo. Clodomiro se retiró ofendido. Más tarde, mientras lavaba el balde en el patio, pensó que la vieja le había adivinado el pensamiento por debajo del sombrero.

En aquella casa se rezaba mucho, pero la basura se quedaba donde todos pudieran pisarla.

V

En el seminario de la provincia, Clodomiro aprendió la impostación exacta de la voz para que las oraciones sonaran a mandato. Le enseñaron un latín rústico, suficiente para dejar callados a los campesinos que subían a pedir bautizos, y unos silencios prolongados que la gente confundía con sabiduría cuando en realidad eran solo cansancio del cuerpo. Su fe tenía días limpios, de esos en los que lloraba solo detrás del altar con una vergüenza que le sabía a agua pura. Después venían semanas en las que el credo era solo una llave para abrir portones cerrados.

En el confesionario de cedro se le gastaba la paciencia con las viejas que repetían chismes antiguos como heridas frescas. Con las muchachas que hablaban bajo se volvía blando; después se castigaba esa debilidad con tres rosarios de rodillas. Al final se sentía perdonado por cansancio.

Lo trasladaron de parroquia en parroquia, siempre cuesta arriba. Era obediente, pero su sumisión dejaba un rastro de desprecio en las actas. Terminó en un despacho lateral de la vicaría, encargado de un archivo de hojas amarillas donde nacimientos, bodas y defunciones se amontonaban con caligrafías distintas. En los corredores aún se hablaba de la última peste de garganta que había vaciado dos aulas y del ferrocarril lejano que prometían los periódicos de la capital.

Una tarde entró una mujer descalza con un carajillo dormido al hombro. Ocupaba una constancia de

matrimonio para que no le quitaran un solar de yuca que su cuñado reclamaba en el juzgado de paz. El apellido del marido muerto estaba escrito con una falta de ortografía que parecía un escupitajo de tinta. Una sola letra torcida bastaba para dejarla en la calle.

Clodomiro abrió los tomos de cuero, sopló las hojas llenas de polilla, comparó firmas y fechas con una paciencia de relojero. El carajillo se despertó en el suelo y pidió agua con un quejido seco. La mujer pidió perdón por el ruido de la criatura. El cura corrigió la letra con un trazo limpio y le entregó el documento sin pedirle los dos colones del derecho de firma.

La mujer intentó besarle la mano derecha. Clodomiro la retiró con un movimiento brusco. Por primera vez en muchos años, el gesto no fue teatro para los mirones. Sintió una molestia fría en el centro del pecho: había hecho el bien y nadie le debía una oración. Aquello lo dejó inquieto toda la noche.

Se acostó en el camastro de la oficina pero no pudo cerrar los ojos. Escuchó un rumor de agua corriente. No había quebrada cerca del pueblo. El ruido venía de las paredes de adobe o de una grieta de su memoria de niño. Se levantó descalzo, revisó las tinajas de la cocina, abrió la ventana que daba al lote baldío. El despacho apestaba a papel muerto y a cera derretida.

En el fondo del armario de pino encontró un expediente roído por los ratones. Hablaba de un valle escondido entre lomas altas, una población sin doctrina formal y un río ancho que los indios llamaban de una forma que el secretario de la vicaría no había sabido copiar. En el margen, una mano

anterior había dibujado una piedra con espirales; otra tinta, más obediente, la había tachado sin borrarla del todo. El informe terminaba a la mitad de una página, como si quien escribía hubiera oído pasos afuera y hubiera dejado la pluma sobre la mesa para no volver más.

VI

El forastero entró a la oficina del archivo con las canillas embarradas y un sombrero de paja que todavía goteaba agua de la montaña. Se acomodó en la banca sin pedir permiso ni quitarse la mochila. Antes de sentarse sacudió el banco con el ala del sombrero, como si una oficina de vicaría y una piedra bajo el poró exigieran el mismo respeto.

Clodomiro le sirvió un jarro de agua de la tinaja. El hombre se lo tomó de un solo trago, eructó con educación y se quedó mirando la Biblia que el sacerdote tenía abierta sobre el escritorio. Preguntó si ese libro hablaba de las cosas del principio del mundo.

Clodomiro le leyó el pasaje del diluvio. Buscó las palabras con cuidado, dándole al arca el peso de la madera de cedro, al agua la fuerza de las crecidas del río San Juan y a los animales un orden que en su boca sonaba a fila de arrieros. El forastero escuchó con la boca abierta y los ojos fijos en la tinta. Cuando el cura cerró el libro, el hombre aplaudió tres veces con sus manos callosas. Dijo que era una historia muy bonita y le preguntó si la había inventado él para pasar el rato en la oficina.

El sacerdote cerró el tomo de cuero con un golpe seco. Le molestaba menos la falta de doctrina de aquel hombre que su libertad para juzgar lo sagrado como si fuera un cuento de camino. El forastero no discutía la fe; vivía en una época anterior a las iglesias. No ocupaba defenderse de nada porque no sabía que estaba en pecado.

Conversaron hasta que la luz de la ventana se puso color naranja. El hombre venía de un valle escondido detrás del cerro del dragón. Dijo que allá las mandarinas caían solas de las ramas y se pudrían en el suelo porque nadie tenía tiempo de comer tanta dulzura. Dijo que el río era ancho, limpio y pensativo, y que la gente curaba las fiebres del estómago con hojas de poró sin preguntarle a ningún santo. Los viejos de la zona guardaban palabras de latín como se guardan las llaves de los cofres perdidos: por si acaso servían para asustar al diablo de noche.

El cura le preguntó por qué había dejado un lugar así para venir al pueblo de lastre. El forastero se miró las uñas partidas; bajo la del pulgar derecho tenía un rastro de sangre seca que no se quitaba con el agua de la tinaja. Confesó que se había ido porque allá el monte era demasiado limpio y no servía para tapar las cosas feas de los hombres. Añadió que había querido demasiado a una muchacha de la costa. Después se corrigió tres veces, cada vez con palabras más torpes y más verdaderas, hasta que el amor se pareció a una persecución en medio del barrial.

VII

La muchacha no había querido dejarse querer. Esa era la frase que el forastero se había repetido durante el camino por la montaña para convencerse de su propia decencia. Sentado frente a Clodomiro, con las manos apoyadas en las rodillas de tela basta, la repitió una vez más. A la segunda, la voz le salió torcida, con un hilo suelto que él no supo morder. Dijo que había querido obligarla a entrar en el lugar que él le había preparado en su cabeza.

Clodomiro no tomó la pluma para apuntar el caso en el libro de confesiones. La tinta habría estorbado la conversación. El hombre confesó que le había puesto la mano en la cara antes de poder explicarle lo que sentía en el pecho.

Al día siguiente de la golpiza, el ojo izquierdo de la muchacha amaneció de un color morado que luego se puso azul; no azul de cielo, sino azul de mango maduro que cae en el lastre y se pudre bajo el sol de la tarde. Los parientes de ella empezaron a afilar los machetes en la piedra de la cocina. El forastero no esperó a que le dijeran buenos días; agarró la mochila y cogió el trillo del cerro antes de que la luz descubriera su nombre en el camino.

Dijo que no se había ido por cobardía, sino porque no quería que la gente lo mirara con los mismos ojos con los que él había mirado a la muchacha cuando la tenía en el suelo.

Clodomiro levantó la cabeza y lo miró fijamente. Le advirtió que no le pidiera absoluciones fáciles solo porque estaba sentado en una oficina de la iglesia. El

forastero agachó la cabeza, metió el sombrero entre las piernas y pareció encogerse sobre la banca hasta parecer un carajillo asustado. Confesó que se sentía confundido: cuando recordaba el ojo morado sentía frío en el estómago, pero cuando recordaba que ella no había querido mirarlo, le daban ganas de volver a buscarla con el machete en la mano.

El forastero apretaba el sombrero entre las rodillas hasta doblarle el ala. Cada vez que decía amor, el cuero crujía bajo sus dedos. Clodomiro le dijo que su pecado no tenía remedio de rezos.

Lo absolvió de todos modos, trazando la cruz en el aire con la prisa del que espanta una mosca verde de la mesa. El forastero le besó la manga de la sotana y salió de la oficina caminando más ligero, casi corriendo. El cura se quedó solo en la banca, con la Biblia cerrada sobre el escritorio y una mosca verde dando vueltas alrededor de la vela de sebo.

Esa noche, el rumor del río volvió a sonar detrás de las paredes de adobe. Traía un olor a mandarina podrida, rostros de muchachas con los ojos morados y un valle donde las cosas existían sin que nadie tuviera que ponerles un nombre sagrado para que estuvieran bien. Clodomiro sintió que aquel lugar lo estaba llamando. También escuchó, debajo del agua imaginaria, algo parecido a su propia voz dando órdenes en un valle sin campanas. No supo separar un ruido del otro.

VIII

No pudo pegar los ojos en toda la noche. Vio mandarinas abiertas bajo la lluvia, bananos vencidos por la pulpa y naranjas tan encendidas que al despertar sintió amargor en los dientes. En su delirio, las muchachas caminaban descalzas sin confesores que les dijeran dónde poner los pies, y los hombres labraban la tierra sin pagar derechos de firma. Nadie parecía necesitar perdón en aquel valle; esa pureza rústica le pareció una ofensa contra sus años de seminario.

Al amanecer, el techo de la oficina le pareció más bajo y el polvo gris de los expedientes le supo a ceniza de cementerio. Los santos de yeso de la iglesia tenían una mirada de madera vieja que ya no servía para asustar a nadie. Clodomiro redactó una carta al obispado pidiendo licencia para misionar en los valles del sur. Dijo que iba a buscar almas perdidas; esperó dos días en el portal de la parroquia, repitiendo los salmos de los viajeros hasta convencerse de que el ardor que le quemaba las plantas de los pies no era soberbia, sino la pura voluntad del Altísimo ordenándole marchar.

Subió al cerro a despedirse de la vieja Josefa. La encontró sentada en su taburete de cuero, conversando con unas gallinas imaginarias que buscaban maíz bajo su falda sucia. Cuando el muchacho le dijo que se iba para un valle de frutas grandes y río limpio, la abuela recuperó la mirada de antes por un segundo. Le preguntó si iba a buscar a Dios o si iba a buscar que la gente se arrodillara frente a su hamaca. Clodomiro quiso reírse de la ocurrencia,

pero la risa se le quedó pegada en los dientes como una cáscara de yuca agria.

La vieja le pidió que le guardara un solar en el cielo, si de verdad encontraba un rincón donde el de arriba no estuviera tan ocupado con las quejas de los ricos de la ciudad. El cura le prometió que así lo haría. La abuela le tocó la frente con sus dedos secos que olían a manteca de cerdo y le advirtió que tuviera cuidado, porque cuando uno junta su nombre con el del Señor, los dos terminan tirando para lados distintos del potrero.

Para pagar el pasaje de la carreta, Clodomiro vendió una cadena de plata que una viuda rica le había dejado en el confesionario para el altar de la virgen. Se convenció de que aquella moneda era una señal de la providencia divina para su viaje. Metió en la mochila la Biblia de cuero gastado, una muda de ropa interior, la aguja de coser sacos de Bernarda y un pedazo de queso que ya se estaba poniendo amarillo en las esquinas. Antes de partir, predicó un sermón sobre las puertas estrechas del cielo que hizo llorar a tres borrachos que habían entrado al templo solo para capear el aguacero de la mañana.

No fue a despedirse de la mujer del solar de yuca ni de la niña que le había lavado el vaso en la oficina. Le pareció que el camino de lastre era más fácil si no llevaba deudas con rostros conocidos en las espaldas. Su sueño del valle de frutas no le dio un mapa para caminar; le dio una picazón en los pies que, con la sotana puesta, le pareció fe verdadera.

IX

El trillo hacia el valle parecía trazado por animales asustados que se habían perdido varias veces antes de encontrar la bajada del cerro. Clodomiro subió las lomas con la sotana empapada por el rocío de la hierba, las pantorrillas llenas de raspones de espina de mata y la Biblia metida en el saco de lona que le golpeaba las costillas a cada paso. La montaña no discutía sus razones teológicas; le ponía ampollas en los talones y le llenaba los ojos de un sudor ácido que sabía a sal y a polvo de carbón.

Aprendió a recoger el agua de lluvia en las hojas anchas de los platanillos para no tener que bajar a las quebradas del fondo, donde las piedras resbalaban como jabón de lavar ropa. Descubrió que los pájaros de la loma hacían un ruido que parecía burla de borracho y que el cuerpo de un sacerdote no valía más que un tronco viejo para las hormigas arrieras que buscaban refugio de la tormenta.

Una tarde, mientras cruzaba un paso angosto, el cielo se cerró y un aguacero de montaña bajó con ramas secas y el cuerpo podrido de una ternera. Clodomiro se abrazó al saco donde llevaba la Biblia y se acurrucó contra una roca. En medio del trueno creyó escuchar la voz de Bernarda llamándolo por el nombre corto de la cocina. Respondió a gritos; la montaña solo devolvió agua contra las hojas.

Al segundo día de caminata, con una calentura que le hacía ver luces amarillas en el barrial, tropezó con un carajillo que andaba buscando una vaca perdida. El muchacho tenía una canasta de guayabas verdes en

el hombro y una rodilla abierta de un machetazo viejo que ya tenía pus en los bordes. No hablaban la misma lengua de la provincia; el carajillo lloraba sin hacer ruido, con esa seriedad de los niños del monte que saben que las quejas no curan las llagas. El cura le lavó la herida con agua de lluvia, rompió un pedazo del ruedo de su sotana negra para hacerle una venda apretada y le dio el último pedazo de queso amarillo que llevaba en la mochila. No le habló de Dios ni del catecismo; el muchacho se durmió apoyado en su hombro húmedo mientras la llovizna amansaba el bosque.

Al amanecer, aparecieron dos hombres del valle con los machetes al cinto buscando al carajillo. Le entregaron a Clodomiro cuatro mandarinas maduras y pronunciaron una frase corta que al cura le sonó a despedida. Uno de ellos le tocó la frente con la palma de la mano, no como quien saluda a un ministro de Dios, sino como quien comprueba si una mula tiene la peste del potrero. Después, con la punta del machete, señalaron el camino que bajaba hacia el río ancho.

El rumor del agua de Paraíso se escuchó mucho antes de que las lomas dejaran ver el valle. No sonaba a música de iglesia ni a promesa de descanso; sonaba a una fuerza sorda que seguía su curso aunque los hombres no quisieran mirar.

X

Desde una piedra alta donde las cabras buscaban sol, Clodomiro vio el valle de Paraíso. Abajo, el río partía la tierra con una calma que parecía desprecio por los trillos de los hombres. Había árboles cargados de frutas amarillas que caían al suelo sin que nadie las recogiera, techos bajos de paja gris, un humo delgado que salía de las cocinas del monte y carajillos corriendo descalzos detrás de un perro flaco en medio de la plaza de tierra. El sacerdote se dejó caer de rodillas sobre el lastre porque las piernas se le quedaron sin fuerza para sostener su sotana húmeda.

Durante un rato pensó que Dios se había olvidado de poner orden en aquel rincón del mundo. Después, mientras sentía el olor a mandarina podrida que subía de las lomas, pensó algo que le dio más frío en el estómago: quizá el de arriba los había dejado en paz para ver qué hacían con su propia libertad descalza.

Bajó hacia una naciente que salía entre dos rocas de cal para lavarse la cara llena de fango. El agua estaba quieta de un modo raro; una raíz de poró se metía bajo la piedra como un dedo torcido y el musgo brillaba con una baba verde que no invitaba a poner la rodilla encima. Al inclinarse sobre la poza pequeña, sintió un golpe seco en el centro de la espalda; fue leve al principio, parecido al roce de una rama de poró, pero de inmediato se convirtió en un dolor frío que le apagó la cadera. No vio mano de hombre ni piedra de río. El cuerpo se le dobló de lado, las piernas se le quedaron sueltas como sábanas de lavar y cayó en el barrial con la boca llena de hojas secas de plátano.

Despertó dentro de un rancho de caña brava con el olor de las guayabas maduras y el humo de cedro que venía de la hornilla vecina. Una carajilla delgada le limpiaba las sábanas de sudor de la frente con un retazo de manta húmeda. A los pies del jergón de paja, dos hombres de hombros anchos conversaban en voz baja, mirándolo de reojo como quien mira a un animal extraño que ha caído en la trampa del potrero. Sus piernas estaban ahí, debajo de la cobija de saco de lona, pero cuando quiso mover los dedos del pie derecho sintió que pertenecían a otro jergón del cerro.

Al día siguiente, nadie pudo ponerse de acuerdo sobre lo ocurrido en la naciente. Dora juró que no había visto caer rama alguna; un carajillo dijo haber escuchado un chasquido dentro del agua; una vieja aseguró que el río le había pasado un brazo por la espalda para saber si aquel hombre traía nombre de dueño. Los hombres de Anselmo buscaron piedras sueltas entre las rocas de cal y no encontraron más que hojas aplastadas.

Preguntó cómo se llamaba aquel rancho. La carajilla le respondió con un sonido suave que él no entendió. Más tarde supo que el nombre de ella era Dora. En ese primer momento, solo vio que los ojos de la carajilla no tenían el miedo reverente de las beatas de la parroquia; tenían únicamente esa curiosidad limpia con la que los niños miran a las mulas con la pata rota.

Quiso incorporarse para buscar su Biblia en el saco de lona, pero el cuerpo no le hizo caso a su voluntad de sacerdote. Quiso rezar un padrenuestro en latín para asustar al dolor, pero solo le salió un ronquido sordo que hizo que el perro flaco que dormía bajo el catre se levantara a olerle las sandalias sucias.

Una mujer vieja le arrimó a la boca una cuchara de madera con caldo de gallina y maíz tierno. Clodomiro la tragó con dificultad, sintiendo que el alimento le pasaba por el gástrico como si fuera tierra húmeda del camino. Alguien puso un plato de mandarinas junto al catre y alguien más le tocó los pies descalzos con un murmullo de lástima que le supo a ceniza de fogón.

Por la tarde, la carajilla Dora volvió con una jofaina de agua de naciente y derramó unas gotas sobre la manta de saco de lona por andar mirando el crucifijo de metal que el cura tenía sobre el pecho. Se asustó, esperando el regaño que los adultos de la montaña daban por cualquier carajada rota. Clodomiro, que en su oficina de la parroquia habría usado la torpeza de la niña para predicar sobre la obediencia y el cuidado de las cosas del altar, la miró a los ojos y le dijo gracias en un tono bajo que no parecía suyo.

La carajilla le devolvió una sonrisa de dientes disparejos. No fue un milagro de los santos que venían en los libros de latín; fue apenas una palabra de pobre en el momento en que la casa baja se quedaba sin luz de sol. Clodomiro se quedó mirando el techo de paja; la sotana le pesó menos por un instante y no supo dónde poner las manos.

XI

Lo acomodaron en el rancho grande de Anselmo, el hombre que tomaba las decisiones en el valle cuando los comerciantes de la provincia subían a comprar el cacao. Anselmo tenía la espalda ancha de los que han volteado montaña a puro machete, las uñas negras de tierra de siembra y una desconfianza pacífica hacia cualquier discurso que exigiera ponerse de rodillas sobre las piedras de la plaza. Aceptó hospedar al cura en su corredor porque no le pareció de cristianos dejar a un tullido tirado bajo el agua de la loma.

Amarraron una hamaca ancha de hilo de cáñamo entre dos vigas de poró negro. Clodomiro pasó en ella los primeros aguaceros del invierno. Sus piernas ya no eran parte de su obediencia al obispo; se quedaron quietas como sacos de café vacíos al fondo de la bodega. El resto del cuerpo aprendió a mandar desde el bamboleo de la hamaca: primero por la necesidad de que le arrimaran el vaso de agua a la mesa, luego por la costumbre de ver a la gente parada frente a su corredor, y más tarde por esa quietud densa que cae cuando todos esperan la palabra de un hombre acostado.

El vecindario bajaba en grupos por el trillo de la plaza cuando el sol dejaba de picar en las lomas. Una mujer le llevaba un jarro de caldo de gallina con culantro coyote; otra, hojas de saúco hervidas para quitarle el frío de las espinillas; un hombre le preguntaba sobre un sueño donde aparecía una yegua muerta con tres cabezas; un carajillo le ponía un escarabajo verde en la manta para ver si el santo sabía curar insectos. Clodomiro respondía poco, usando

frases cortas que dejaba colgadas en el aire del corredor para que la gente las completara con sus propios miedos. Al día siguiente había más yucas junto al poste de la hamaca.

Anselmo lo observaba desde su taburete de cuero, mascando una raíz de jengibre para el dolor de muelas. Le dijo que hablaba muy bonito, como los secretarios de la municipalidad. El cura contestó que para eso lo habían tenido cinco años estudiando libros de latín en el seminario. El viejo escupió en la tierra y le advirtió que también los vendedores de mulas con la pata remendada usaban palabras redondas para que nadie les mirara el casco.

El sacerdote le señaló el montón de mandarinas y yucas que los campesinos habían dejado junto al poste de la hamaca. Dijo que él no le cobraba un colón a nadie por escuchar sus cuitas de familia. Anselmo sonrió con una mueca que le arrugó los ojos amarillos; le contestó que no todo pago venía en monedas de plata, que a veces el agradecimiento de los pobres pesaba más que un saco de colones enterrado en el patio del rancho.

A veces, cuando el vecindario se juntaba frente a la hamaca para oír al cura, Anselmo arrastraba su taburete hasta el centro del corredor y lo dejaba allí, torcido, estorbando la fila. No decía mucho. Le bastaba con mascar jengibre y mirar a los hombres a los ojos, como recordándoles que ninguna palabra de altar había sembrado todavía una mata de yuca por sí sola.

Una tarde de llovizna, entró una mujer joven con un carajillo ardiendo de fiebre en los brazos. El niño

llevaba en el cuello un amuleto de colmillo de saíno amarrado con un hilo de cáñamo y una cinta roja contra el mal de ojo de las cabras. Clodomiro le tocó la frente empapada de sudor, le quitó el colmillo con un movimiento seco y pidió que trajeran agua hervida con hojas de limón dulce, paños limpios de manta y que pusieran el catre en el rincón donde pegaba el viento de la montaña. El carajillo amaneció jugando con el perro flaco tres días después. La madre anduvo diciendo por el trillo de la plaza que el cura tullido hacía milagros con solo tocar la frente. Clodomiro le repitió que aquello había sido cosa del agua hervida y la limpieza de la sábana; la mujer asintió con la cabeza pero siguió llamando santo menor al cura de la hamaca frente a las vecinas.

Otra tarde, un hombre del cerro entró al corredor arrastrando un machete mellado por el lastre. Pidió permiso para traer a su mujer a la fuerza del rancho de su suegro, alegando que la ley de la iglesia decía que la esposa debía seguir al marido aunque este le diera de sartenazos en la cocina. Olía a guaro de contrabando y a potrero mojado; traía los ojos encendidos, pero el botón superior de la camisa estaba cosido con hilo rosado, torpe, recién puesto por la misma mujer a la que venía a reclamar. El hilo se le estiraba cada vez que apretaba el machete.

Clodomiro lo miró fijamente desde la hamaca. El hombre bajó un instante la vista al botón rosado de la camisa, como si hasta ese hilo torpe lo acusara. El cura le ordenó que se fuera a curar la borrachera a la quebrada y que dejara a la muchacha en paz, que su necesidad de hombre no valía más que el respeto que se le tiene a una yegua parida.

El campesino escupió cerca del poste de la hamaca, murmuró una grosería entre dientes y se retiró por el trillo de las lomas con el machete a rastras. Esa noche, Clodomiro pidió a la carajilla Dora que no encendiera la vela de sebo de la mesa y que lo dejara solo en el corredor. No rezó el breviario de latín; se quedó escuchando el chirrido de las chicharras en las copas de los porós secos, preguntándose si el de arriba lo había mandado a Paraíso para salvar almas o para construir un juzgado de pobres donde él tuviera siempre la última palabra sobre las camas ajenas.

XII

Le levantaron una choza pequeña de caña brava y barro cerca del cruce de trillos que bajaba a la plaza de tierra. No decidieron en la reunión si el rancho era una casa de cura, un consultorio de tullido o una forma elegante de apartar un estorbo del corredor de Anselmo. El carpintero de las lomas dejó el marco de la puerta tan bajo que cualquiera que quisiera entrar a ver al sacerdote debía agachar el lomo para no golpearse la frente contra el dintel. El vecindario comentaba que aquello venía muy bien para enseñar obediencia a los orgullosos; el constructor juró que se había equivocado con la medida del hacha por andar apurado con la lluvia del invierno.

Clodomiro aceptó el rancho con un murmullo que no comprometía su dignidad de cura de provincia. Colocó la Biblia en una esquina de la repisa y la cajita de latón de Bernarda en la otra. El cuarto olía a caña fresca y ropa húmeda. De noche, el río de Paraíso subía por las grietas del piso como si golpeará el jergón donde dormía solo.

Dorotea entró al rancho una tarde de viernes, agachando la cabeza con una prisa que sonaba a urgencia del cerro. Era una mujer de unos treinta años, viuda de un arriero que se había ahogado en el río San Juan y dueña de un solar de cacao que su cuñado quería quitarle con el argumento de que la tierra ocupaba un brazo de hombre para dar fruto bueno. Dorotea no traía lágrimas en los ojos; tenía las uñas negras de escarbar la yuca y una mirada tan firme y tan quieta que daba más miedo que el machete del marido muerto.

Le dijo al cura que en el trillo decían que su palabra era ley en el valle para las carajadas de la herencia. Clodomiro le contestó que él solo aconseja según la justicia que venía en los libros del seminario. La mujer le puso sobre la mesa tres papeles amarillos, rotos en las esquinas por la humedad de la cocina, y le pidió que aconsejara con suficiente peso para que el cuñado no se metiera en su cocina con el pretexto del cacao.

El cuñado de Dorotea entró al rancho poco después, mascando una semilla de poró. Traía unos caites remendados con cordel de saco y la orilla del pantalón marcada por el barro seco de una milpa que no había dado ni para semilla. Dijo que la ley de la municipalidad de San Ramón de Alajuela decía que la tierra de la viuda pasaba a la familia del marido difunto si no había carajillos varones para heredar el solar. Dorotea levantó la barbilla y le contestó que la tierra del cacao la conocía a ella, que era la que había limpiado el barrial con sus manos de escarbar la yuca mientras la milpa de él se secaba bajo la plaga del invierno y sus hijos desayunaban agua de panela sin pan.

Clodomiro recordó la oficina de la vicaría de la provincia, donde una sola letra torcida por un secretario perezoso bastaba para dejar a una viuda descalza en el camino de lastre. Vio los tobillos del cuñado temblar levemente, no de borrachera, sino por el esfuerzo de haber bajado el cerro antes que el alguacil. El hombre no tenía cara de soberano; tenía la mandíbula apretada de quien sabe que otro invierno malo lo deja durmiendo bajo la canoa. Aun así, el cura le dijo que aquel solar de cacao había recibido

más sudor de Dorotea que órdenes suyas escritas en los juzgados de la ciudad, y que se fuera a inventar otra excusa al cerro antes de que la justicia de Paraíso le saliera más cara de lo que pensaba cobrar por la tierra.

El hombre salió de la casa baja escupiendo maldiciones. La viuda le dejó una papaya madura en la puerta del rancho la semana siguiente, luego un balde de yucas limpias, luego un jarro de cuajada fresca. Clodomiro le pidió que dejara de llevarle ofrendas al corredor. Le dijo que él no cobraba por la justicia. Dorotea le contestó que si un favor no se pagaba en colones, igual quedaba apuntado en la cuenta de la espalda.

Esa noche de llovizna, Clodomiro abrió la cajita de latón de Bernarda. La aguja de coser sacos estaba oxidada en el centro, inútil para remendar un vestido azul de misa, pero todavía pinchaba cuando se le ponía la yema del dedo pulgar encima. Pensó en usarla para remendar la sotana negra que se le había roto en la bajada de las lomas. La sostuvo entre los dedos hasta que el sol del amanecer empezó a aclarar el techo de paja. La sotana se quedó abierta sobre la repisa de madera porque el cura no encontró el hilo adecuado para esconder la costura por dentro del revés.

XIII

Anselmo cerró los ojos para siempre una madrugada de viento helado, con la mirada fija en una mancha del techo de paja que nadie había tenido tiempo de limpiar por andar apurado con la cosecha del cacao. Después de que lo metieron en el hoyo de la loma, su taburete quedó tres días bajo el corredor, atravesado en medio del paso. Nadie se sentó. Clodomiro empezó entonces a hablar de abrir el valle al mundo de afuera. Dijo que el trillo debía comunicarse con la carretera de lastre para que las mandarinas no se pudrieran solas en los patios. Algunos campesinos lo escucharon como se oyen las oraciones en latín; otros miraron sus machetes con desconfianza.

El valle vivía de su abundancia silenciosa sin necesidad de ponerle precio a cada carajada. La yuca salía gruesa, las guayabas caían solas y el río daba barbudos grandes a los muchachos pacientes. El hambre existía, pero era una escasez breve, de cocina: una olla de maíz prestada por una vecina de mal carácter o unos mangos recogidos antes de que los puercos de don Chano —otro Chano, como si todas las pulperías del mundo necesitaran el mismo santo menor detrás del mostrador— terminaran de devorarlos bajo el poró grande.

La primera discusión sería del pueblo no fue por las almas perdidas ni por el templo; fue por un puñado de sal. Las mujeres empezaron a contar cuántos domingos duraba una bolsa traída en la mochila, cuánta se echaba a perder por la humedad y cuántas veces una olla de yuca sin sal entristecía la mesa. Dorotea puso sobre el corredor una aguja doblada y

un cuchillo mellado. Dijo que no abrieran el trillo por capricho de los comerciantes, sino por si de verdad hacían falta agujas que no se doblaran al primer remiendo.

Una vieja del cerro, arrugada como una pasa de mandarina, respondió desde el rincón del fogón que el trillo nuevo traería gente de la ciudad con trajes limpios y sombreros de fieltro, personas capaces de cobrarles un colón hasta por el agua de la naciente o por quedarse callados en el barrial del camino. Nadie le contestó de inmediato; prefirieron seguir mirando las mulas flacas que pasaban por la plaza. Años después, cuando los comerciantes de San Ramón de Alajuela subieron a cobrar el derecho de portón, las beatas repetirían la advertencia de la vieja con una reverencia que ya no servía para devolver la sal barata a las cocinas de las lomas.

El trillo se abrió con treinta machetes mellados, callos de arriar mulas y discusiones de hombres borrachos sobre la dirección del camino. Al principio fue solo una cicatriz angosta de barro rojo. Luego subió un arriero con sal de la costa, después una mula con clavos de pulgada y, al final, dos comerciantes con libretas de apuntes que medían la sombra de los porós grandes como si ya calcularan el precio de un puesto de aguardiente. Llegaron telas finas, espejos pequeños, lámparas de keroseno y enfermedades raras de la garganta que se curaban con un jarabe rojo de dos colones la botella.

Las mujeres de Paraíso entendieron la ventaja del trillo antes de que los hombres terminaran de afilar sus machetes en la cocina. Una olla nueva de hierro les ahorra el hollín de la leña húmeda en las paredes

de caña brava y una aguja larga les permitía coser los sacos de cacao sin que se les rompiera el hilo de cáñamo a la mitad del remiendo. Los hombres se convencieron de la novedad cuando los clavos de pulgada hicieron que las tablas de la casa baja obedecieran a la escuadra del constructor y que las portadas del potrero se abrieran con una rapidez que les parecía cosa de brujería de la ciudad.

Con la apertura del camino, la abundancia del valle no se acabó de golpe. Una mesa de tres patas dejó de servir humildemente para la yuca y empezó a parecer atraso frente al secretario de la municipalidad. Una niña que antes corría descalza escondió los pies debajo del banco cuando vio pasar a la hija del comerciante con zapatos de hebilla. Un vestido azul con remiendos por el revés dejó de ser ropa limpia para misa y empezó a sonar, en boca ajena, como pobreza.

Dorotea empezó a vender yuca limpia a los carreteros que subían por el trillo de las lomas. Su cuñado, el que había querido quitarle el solar de cacao con la ley de la municipalidad, abrió un tramo de venta de cuchillos y decía, riéndose en el barrial del camino, que el santo cura lo había obligado a descubrir su talento para el comercio de la provincia. Clodomiro lo escuchaba desde su rancho de caña brava con una sonrisa pequeña que no le alcanzaba para tapar la incomodidad del pecho. Había defendido una parcela de viuda y ahora una esquina del valle aprendía a afilar los dientes de sus cuchillos para cobrarle el doble a los vecinos del cerro.

Un domingo de sol picante, llegó al trillo un comerciante de la provincia con una balanza de hierro

pintada de verde. Puso unas piedras de metal negro en un plato y las guayabas de un carajillo en el otro para ver el peso exacto de la fruta. Los carajillos aplaudieron de alegría al ver que la balanza subía y bajaba en medio del lastre de la plaza de tierra. Prudencia, que por aquel tiempo todavía no era Prudencia para todos los ranchos del cerro, le preguntó al comerciante quién pesaría la vergüenza de cobrarle dos colones por un saco de sal vieja a un campesino descalzo que no sabía leer los números de la balanza. El hombre se limitó a reírse de la ocurrencia de la vieja y la máquina siguió trabajando en medio del barrial del camino.

Ese mismo día, un campesino que no sabía leer los números aceptó vender cacao a crédito. El comerciante le arrimó un papel timbrado y le pidió una firma. El hombre dejó la huella del pulgar sobre la tinta como quien aplasta una hormiga, sin saber si acababa de vender una cosecha o una parte de su sueño.

También subieron preguntas raras con la sal de la costa. Los viejos respondían que detrás de las montañas no había nada que valiera tres días en carreta; los carajillos oían lo contrario de boca de los arrieros con camisas de colores. Clodomiro escuchaba desde el umbral de su puerta baja y no dijo una sola palabra para darles la razón a los viejos. El trillo ya traía papeles timbrados, precios de cacao escritos con pluma, remedios para las fiebres y cosas brillantes que muchos llamaban progreso sin preguntarse si la sal nueva sabía mejor que la de antes.

XIV

La torre del templo nació de una conversación de hombres borrachos en el barrial del trillo nuevo. Alguien dijo que la casa baja de Clodomiro ya no alcanzaba para tanta beata; otro, que un cura inmóvil merecía un edificio alto para que su voz llegara a las lomas; un tercero calculó que los comerciantes respetarían más el cacao si veían una torre desde la carretera. Clodomiro no pidió nada. Le bastó con quedarse callado y no decirle que no al constructor cuando este subió con el hacha en la mano.

El relojero llegó cargando una caja de madera de cedro llena de herramientas de metal fino que olían a aceite de máquina y a herrumbre vieja de la ciudad de Alajuela. Se llamaba Jeremías, aunque en los ranchos empezaron a decirle el Relojero el segundo día de verlo andar descalzo por la plaza de tierra con un engranaje de bronce en la mano derecha. El valle tenía esa costumbre de reducir a los visitantes de la provincia a la herramienta o a la tara más visible de su persona. Él no dijo nada por el apodo de la gente; quizá le convenía que no le preguntaran por su apellido verdadero en el despacho del juez de paz.

—Sin reloj seguimos haciendo todo a ojo —declaró el artesano, mientras sacaba unas manecillas de metal negro de su caja de madera de cedro.

Victorio, un muchacho flaco que dormía en cualquier rincón donde no pegara el agua de la loma, abrió un ojo desde la acera de la pulpería de don Chano y le contestó que a ojo se dormía mejor en la tarde, sin necesidad de que una campana le recordara

a uno cuántas horas de voltear montaña le faltaban para el almuerzo. Nadie lo escuchó en serio en el barrial de la plaza; Clodomiro sí oyó la frase desde su rancho de caña brava y se quedó mirando el crucifijo de metal de la repisa de madera con un ceño fruncido que le duró hasta el café de la tarde.

La torre creció con piedras de la quebrada, tablas de poró donadas por Dorotea y discusiones sobre la altura del dintel. Una piedra ovalada, marcada con espirales gastadas que nadie quiso nombrar, quedó metida en la base del primer contrafuerte. Cada familia aportó un colón de plata o dos jornadas de trabajo. Nadie pudo decir después que sus manos estaban limpias del polvo de la cal. En los descansos, un muchacho de hombros estrechos abrió con el azadón unos hoyos junto al contrafuerte para sembrar dalias; una muchacha delgada leía en silencio las letras de un saco de cal mientras barría el polvo con la escoba prestada. Cuando la obra estuvo concluida, parecía menos una iglesia que una cosa pesada, puesta sobre la plaza como un mojón de potrero.

Subieron a Clodomiro en una silla de madera entre cuatro hombres de hombros anchos. Pesaba poco, casi nada, como un saco de café medio vacío. Desde la altura de la torre vio el río ancho, el trillo lleno de fango rojo, los techos de paja y las mujeres que lavaban sábanas ensangrentadas en la quebrada. Desde allí arriba le dieron ganas de creer que ya comprendía el valle entero porque podía contar los porós de la plaza con los dedos de la mano derecha.

—No está mal —murmuró el cura, mientras se acomodaba la manta de saco de lona sobre sus piernas muertas.

El vecindario del trillo recibió aquella frase corta como si fuera una bendición de obispo de Alajuela y empezó a encender velas de sebo al pie de las dalias recién sembradas junto a la torre. La muchacha que barría la cal se quedó mirando las letras negras del saco vacío; movió los labios una vez, sin sonido, antes de esconder la escoba detrás del contrafuerte.

Jeremías instaló la máquina de bronce en lo alto de la torre con unos dedos finos y precisos de cirujano de hospital de la provincia. El primer mediodía de sol despejado de las lomas, todo el pueblo esperó descalzo frente al barrial del templo nuevo para ver el prodigio de las manecillas de metal negro. Las piezas de bronce se movieron con un chirrido de engranaje oxidado, el reloj dio las doce con doce campanadas secas que sonaron a sartenazo de cocina y todos los perros flacos de la plaza se levantaron a aullar al mismo tiempo mientras un bebé de brazos empezaba a llorar de susto en el delantal de su madre.

Al tercer día de marcha, el reloj de la torre empezó a andar al revés por una carajada del mecanismo que el relojero no pudo adivinar con sus herramientas de metal fino. Jeremías subió por la escalera de mano de la torre, bajó al barrial con la camisa empapada de sudor de cal, maldijo en tres tonos de latín que había aprendido de los arrieros de la costa, desmontó las piezas de bronce del engranaje y las volvió a colocar con una paciencia de beata en confesionario de la parroquia. El reloj insistió en su terquedad de andar hacia atrás; al principio los hombres de Clodomiro le exigieron que arreglara la máquina para no andar desorientados en la siembra, pero después las mujeres del cerro empezaron a llevarle monedas de plata,

flores de dalia y consultas sobre el futuro de sus hijos moribundos al pie de la torre de piedra.

XV

Para la primera misa solemne en el templo de piedra, Clodomiro preparó frases durante una semana en su hamaca. Quiso hablar del trabajo compartido de los humildes, de las puertas abiertas del cielo y de la gratitud de las viudas que defendían su solar con uñas de escarbar yuca. También imaginó, por unas horas de fiebre limpia, una casa alta donde el valle pudiera entrar sin pedirle permiso al barro. Pidió que lo acomodaran frente al altar a una distancia exacta de la baranda: cerca para ser el centro de las miradas, lejos para no parecer el dueño exclusivo de la cal.

El templo no se llenó. Llegaron las beatas de siempre, dos deudores de favores del solar de cacao y tres campesinos que buscaban refugio del aguacero. Jeremías asistió con la solemnidad fingida del que sabe que ha colocado una máquina defectuosa sobre la cabeza de Dios. Detrás del cura, el reloj de bronce marcaba las cinco de la tarde con una terquedad de burla.

Clodomiro inició el sermón con una voz ronca. A los pocos minutos, una mujer joven preguntó si debía bautizar al carajillo enfermo antes de que se lo llevara la peste. Un campesino quiso saber qué hacer con una vaca que daba leche amarga desde que el comerciante la herró. Dorotea pidió aclarar si las deudas con los muertos podían cobrarse en plata a las viudas. La misa de inauguración se desarmó en consultas de cocina, corral y jergón.

El cura sintió un calor de enojo subirle por las pantorrillas muertas. Había preparado una teología

limpia y el vecindario le traía ollas sucias, vacas enfermas, fiebres y deudas viejas. Nadie había venido por el cielo. Querían saber por qué la yuca se pudría y por qué la sal salía tan cara en la balanza del comerciante.

Una vieja del cerro, con el delantal remendado por el revés, gritó desde el fondo del templo que la leche amarga de la vaca de don Chano no era castigo divino, sino efecto de la hierba húmeda del poró grande. Jeremías se levantó para ver las canillas del animal; Dorotea hizo cuentas con semillas de cacao sobre el piso de cal y demostró que la deuda del marido muerto ya había sido cobrada tres veces. Un muchacho de las sandalias cargó al carajillo enfermo hacia un rincón donde pegara menos el viento. Durante unos minutos eternos, nadie volvió a mirar a Clodomiro.

Al principio del desorden sintió un alivio frío. Después, una vergüenza más amarga que la mandarina podrida: la herencia, la vaca y la fiebre siguieron su camino sin esperar el padrenuestro. La mano le buscó la Biblia cerrada sobre el pecho y encontró solo la manta húmeda. Quiso alegrarse por aquella independencia; le salió una mueca seca que nadie vio desde los bancos de atrás.

Un carajillo descalzo preguntó en voz alta desde la baranda para qué quería Dios una casa tan grande y tan fría si toda la gente del cerro terminaba agachando la cabeza para entrar al rancho bajo de Clodomiro a pedir permiso por sus mezquindades. Nadie lo regañó; la lluvia empezó a golpear las tejas con más autoridad que cualquier sermón.

Desde ese domingo, el templo de piedra sirvió de refugio para carretas, velorio de muertos, granero de maíz y rincón de juegos. Las consultas siguieron llegando a la casa baja, donde cada vecino debía agachar la frente antes de cruzar la puerta, por más que trajera un machete mellado en la mano derecha.

Clodomiro regresó a su jergón arrastrando los pies por los trillos del cerro, cansado y con un dolor de cabeza que le sabía a cal. La misa solemne había sido un fracaso de beatas ausentes; también le dejó sobre la lengua una cuenta incómoda: cuántas veces lo obedecían por fe y cuántas por lástima de verlo inmóvil en su hamaca.

Después de la misa fallida, el vecindario terminó por acostumbrarse al reloj de bronce. Primero hacían cuentas mentales para restarle las horas al revés; después volvieron al canto de los gallos y al calor de la hornilla. Las mujeres comentaban que el reloj no traía novedad: muchas desgracias de sus hijos habían llegado siempre antes de que las madres tuvieran tiempo de comprar sal.

Una mañana, Clodomiro citó en la casa baja al cuñado de Dorotea y a dos carreteros para zanjar una deuda de cacao a la hora que marcara la torre. El reloj dio las cuatro cuando el sol apenas levantaba la neblina; dio las once antes de que el primer testigo cruzara la plaza y volvió a dar las cuatro cuando el hombre ya se había ido a vender cuchillos. La audiencia se deshizo sin sentencia. Por primera vez, la gente no esperó a que el cura recompusiera el tiempo con una frase.

Jeremías se quedó a vivir en un cobertizo junto al de las mulas para vigilar la derrota de su máquina. Dormía sobre un saco húmedo de cal y subía de madrugada a escuchar el tic-tac ronco de los engranajes. Decía que el reloj no estaba roto por fuera, sino ofendido por dentro, como las mulas viejas que se niegan a cruzar un puente sin mirar antes el agua.

Un viernes de llovizna, Clodomiro lo mandó llamar. Le dijo que un relojero de verdad podría reparar el engranaje con sus herramientas. Jeremías tocó una manecilla de bronce que llevaba en la bolsa; sus dedos olían a keroseno de máquina y a tabaco de picadura.

—Si lo arreglo, van a volver a apurarse como antes —respondió Jeremías, con una voz baja que sonó a lluvia de la loma en el dintel de la puerta de caña brava.

Clodomiro se quedó callado en la hamaca, mirando las vigas. El reloj al revés golpeaba la casa baja con una paciencia de gotera. En cada tic le pareció oír otra vez las sábanas en la quebrada y las mesas de tres patas de las madres, vueltas a poner en el centro del cuarto con nombres nuevos.

Esa noche soñó con Bernarda cosiendo sacos de café al pie de la torre. Cada campanada le devolvía una escena vieja: el monedero de latón, la cama ensangrentada del parto, los santos rotos de Josefa, el forastero del ojo morado, Dorotea haciendo cuentas sobre el piso de cal. Se despertó empapado de sudor y con un sabor a dulce ácido en la raíz de los dientes.

Desde esa madrugada pidió que no le dieran cuerda a la máquina algunos domingos. Nadie le hizo caso del todo. Los carajillos subían en secreto, movían la manivela, tocaban la campana para espantar perros y dejaban dalias, yucas limpias y monedas delgadas en la repisa. Bastó que el reloj fuera raro y estuviera a la vista para que la gente le tuviera más devoción que a muchos libros de latín.

XVI

Mascrina empezó a entrar a la casa baja una tarde de calor pesado para ordenar las estampas que las beatas habían dejado al pie del altar. Era la misma muchacha que había movido los labios frente a las letras negras del saco de cal, aunque Clodomiro no la reconoció de inmediato. Tenía dieciséis años o diecisiete, según la conveniencia de los hombres que hablaban de casamientos en la pulpería. Era delgada, de pasos rápidos sobre la tierra apisonada, y tenía una inteligencia que muchos confundían con docilidad porque hablaba bajo y no miraba de frente al cura.

Limpiaba la mesa, lavaba los jarros de peltre y cambiaba las dalias marchitas por otras vivas que traía de la quebrada. Cuando tropezaba con una palabra impresa en los periódicos viejos que el profesor Rafael había dejado en la escuela, se detenía con el plumero en la mano. Leía despacio, moviendo los labios. No entendía todas las letras; lo que no entendía le daba más curiosidad.

Su madre le había enseñado a lavar la ropa con jabón de coche, a quedarse callada cuando los hombres hablaban de política y a sonreír sin enseñar los dientes para que nadie le mirara la codicia del corazón. Mascrina aprendió por su cuenta a recordar los tonos de voz: la manera en que un hombre decía deber de herencia cuando quería meterse en el solar ajeno, o la manera en que una madre decía está bien cuando ya no tenía fuerza para seguir lavando sábanas en la quebrada.

Clodomiro la llamó hija de la iglesia las primeras semanas; después dejó de usar nombres que el obispo pudiera examinar en las actas. La muchacha le arrimaba el vaso de agua, le llevaba noticias del trillo y le cocinaba el pinto del almuerzo. Aprendió a distinguir cuándo le dolían de verdad las piernas muertas y cuándo le dolía perder la atención de las beatas por la competencia de las campanitas del mudo Gregorio. Una mañana tocó un libro de la repisa sin pedir permiso; el cura carraspeó desde la hamaca y ella retiró la mano despacio, no como quien obedece, sino como quien decide recordar la ofensa.

Una tarde encontró la aguja de Bernarda sobre el lomo de la Biblia. Le preguntó al cura si todavía remendaba su sotana con aquella carajada de metal viejo. Clodomiro contestó que no la usaba para costuras. Mascrina pasó el dedo por la punta seca y le dijo que la aguja no estaba guardada por respeto a su madre; estaba esperando a que alguien tuviera el coraje de meterle el hilo adecuado.

Clodomiro la miró fijamente con un ceño fruncido de superior de seminario de la provincia. La frase de la muchacha no sonaba a insolencia de sirvienta descalza del trillo nuevo. Le dejó en la lengua el sabor de una mandarina mordida antes de madurar.

Mascrina pidió prestados los libros viejos que el profesor Rafael había dejado en la escuela: primero la Biblia en latín, luego el catecismo ilustrado, al final el manual de plantas que Jeremías había traído envuelto en manta. El sacerdote estuvo a punto de decir que sí, por esa vanidad de maestro que todavía le ardía bajo la sotana; luego le negó el libro con un movimiento seco. Le advirtió que esa lectura no era

apropiada para una muchacha que solo ocupaba saber coser sacos de café.

—¿Y una raíz sabe quién manda en la provincia? — preguntó Mascrina, con la mirada fija en el lodo del trillo.

—Para quien pueda leer sin enredarse en las lomas de las palabras —contestó el cura, de mala gana.

Mascrina recogió el plumero del suelo, lo sacudió contra el borde de la mesa y no contestó. La frase del tullido le quedó dando vueltas hasta la noche, junto al olor de la vela de sebo y al ruido del río en las grietas de la casa baja.

Esa noche esperó a que Clodomiro terminara de roncar. Leyó de pie, junto a la vela de sebo, las páginas amarillas del manual de plantas. Aprendió que ciertas raíces de limonero se pudren si reciben demasiada agua y que un poró puede enfermarse de herrumbre si crece bajo demasiada sombra. Cerró el libro antes de que el primer gallo aclarara la garganta.

Al día siguiente anotó en un trozo de papel de estraza una palabra rara: injerto. La escribió mal tres veces con un carbón del fogón; a la cuarta, la letra quedó redonda, visible, casi hermosa en medio del papel sucio. La guardó en el dobladillo de la manga izquierda de su vestido azul.

Lo que imaginaba en su jergón no era una grandeza de rica. Quería una mesa donde nadie le quitara los libros, una taza de peltre sin el borde roto, dos gallinas propias y una tarde despejada para lavar su vestido azul sin que los hombres del trillo la llamaran por su nombre largo. A veces pensaba en carajillos

varones para heredar el solar; a veces, en no casarse nunca para no zurcir camisas ajenas. Le daba frío en el estómago que las dos ideas cupieran en la misma cabeza.

Una mañana leyó en voz alta una línea del manual y la entendió al revés. Creyó que injertar un limonero era obligar a una rama viva a renunciar a su propio árbol para hacerse humilde. Jacinto, que acababa de dejar unas dalias rojas en el portal del templo, la escuchó murmurar desde el camino y la corrigió con una voz baja:

—No siempre es así —dijo el muchacho—. A veces injertar es poner la rama viva donde aguante el frío sin perder la flor.

Mascrina escondió el trozo de papel de estraza en el dobladillo de la manga izquierda de su vestido azul, pero no pudo esconder la curva mínima de su sonrisa descalza en el barrial del trillo nuevo.

Clodomiro, incorporado a medias en su hamaca, preguntó quién conversaba en el corredor. Jacinto respondió su nombre desde el barrial. La palabra entró en la casa baja con un rastro de tierra húmeda y flor de dalia silvestre.

XVII

Jacinto cuidaba las matas de albahaca y las dalias junto a los cimientos de la torre. Nadie recordaba quién lo había contratado; en el valle existía esa costumbre de que alguien empezaba a mover tierra en un solar abandonado y el uso diario lo convertía en necesario. Tenía manos anchas de hacha, hombros estrechos de cargar cacao y una paciencia quieta que no buscaba medalla del cura ni colón de comerciante. Hablaba poco, no para parecer sabio, sino para no gastar el aliento en carajadas inútiles.

Antes de que Mascrina empezara a buscarlo con excusas de macetero, Jacinto se quedaba solo en el cobertizo de las herramientas cuando todos dormían. Abría el manual de plantas por las páginas donde había dibujos y pasaba el dedo bajo las palabras sin poder seguir las. Le daba vergüenza que las letras se le cerraran como semillas malas. Una noche, de rabia, clavó el cuchillo mellado en la mesa y lo dejó ahí hasta que amaneció, para no ir a pedirle ayuda al cura con los ojos bajos.

Mascrina empezó a arrimarse al jardín con excusas de sirvienta: un macetero quebrado por las mulas, una dalia enferma, una semilla de poró que no quería abrir su cáscara. Jacinto respondía mirando siempre la planta y nunca a ella a los ojos, y esa falta de ceremonia la alivió del frío que sentía cuando barría la cal frente a las beatas.

—¿Por qué corta una rama viva del limonero agrio con el cuchillo mellado? —preguntó la muchacha del

cerro, una tarde de sol picante en el jardín del templo de piedra.

—Para que no se lleve la savia de las otras dalias que ocupan dar flor de cacao —contestó Jacinto, sin levantar los ojos de la tierra húmeda de las lomas.

—Suenan cruel con la rama viva —murmuró Mascrina, con la manga de su vestido azul descolorido recogida sobre el codo.

—Cruel sería cortar por gusto de ver la hoja seca —dijo el jardinero—. Esto se hace para que el árbol aguante el viento sin perder la fruta.

Mascrina regresó a su jergón con aquella frase guardada en la cabeza. La repitió mientras doblaba las mantas húmedas del cura. No sabía todavía si el consejo de Jacinto le servía para comprender el limonero, el vestido azul remendado de su madre o la puerta baja que la obligaba a agachar la frente todos los días.

Jacinto le enseñó a injertar con el cuchillo mellado de la herencia. Ella sostuvo la rama viva mientras el muchacho hacía un corte limpio en la corteza. Le explicó que había que unir las dos partes con un pedazo de manta húmeda y que ninguna debía teparle la luz a la otra. Mascrina soltó una carcajada corta que sonó a sartenazo de cocina.

—Usted habla como cura de seminario con las plantas —dijo la muchacha del cerro, mirándolo de soslayo.

—Perdón —contestó el jardinero descalzo, agachando los hombros en medio del barrial del jardín de cal de la torre de piedra.

Esa respuesta de pobre la hizo reír con más ganas. La risa entró en la casa baja antes de que ella terminara de barrer las hojas secas de la plaza. Clodomiro levantó la cabeza, con un ceño fruncido de obispo que no encuentra su breviario. Mascrina traía fango en la falda y una luz redonda en los ojos que no había recibido de ninguna estampa santa.

Al día siguiente, Clodomiro le ordenó que le describiera el jardín. La muchacha habló de un limonero enfermo, de hormigas negras en la raíz de las dalias y de una mata de albahaca que nadie había sembrado. No dijo el nombre de Jacinto. Ese silencio fue más visible para el cura que si lo hubiera gritado desde la torre.

—¿Anduvo el jardinero en la cal de la torre? —preguntó Clodomiro.

—Andaba trabajando en las dalias del coro nuevo —contestó la muchacha, con un susurro seco.

—A veces los hombres trabajan mucho para que nadie les haga preguntas feas en el juzgado —dijo el cura.

Mascrina no respondió. Siguió frotando el borde desportillado del jarro con el trapo húmedo, con tanta fuerza que el metal empezó a chirriar contra la madera de poró. Sostuvo el trapo un segundo más de lo necesario antes de darle la espalda.

—O porque hay tierra que mover —contestó la muchacha, mirándolo a los ojos.

Clodomiro quiso convertir la impertinencia en gracia de carajilla; no le salió. La mano le buscó la aguja bajo la manta y solo encontró la hebra suelta de la cobija húmeda.

Jacinto llevó dalias rojas y matas de albahaca vivas para el altar una tarde de sol picante. Clodomiro se quedó mirando sus uñas llenas de tierra húmeda.

—Se marchitan muy rápido con este viento —dijo el cura.

—Por eso se traen vivas, con raíz —contestó Jacinto.

Mascrina se llevó el jarro al pecho para ocultar la sonrisa; el agua le humedeció el vestido azul a la altura del corazón. Clodomiro vio el temblor breve de su boca en el dintel de la puerta baja y sintió un dolor agudo en la cadera muerta.

Esa noche no cosió el ruedo de su sotana. Afuera, Jacinto regaba las dalias rojas que crecían sin pedirle permiso a ninguna sotana.

XVIII

Mascrina le pidió la bendición de la iglesia una tarde de calor pesado, cuando la llovizna de la mañana había dejado en la plaza un olor oscuro a tierra húmeda. Clodomiro estaba acostado en su hamaca, con la Biblia cerrada sobre el pecho. La muchacha no se arrodilló.

—Quiero casarme con Jacinto —dijo, con una voz baja que no tenía miedo reverente.

La frase se quedó flotando en el aire húmedo de la casa baja como una mancha de herrumbre en la cal de la torre. Afuera, una gallina tuerta escarbó el barrial junto al umbral.

—¿Lo amás como dicen las muchachas en las novelas? —preguntó el cura.

—No sé si esas carajadas se saben antes de ponerse a lavar sábanas en la quebrada —contestó Mascrina, mirándolo fijo.

Clodomiro cerró el tomo de cuero de la Biblia con un golpe sordo de madera astillada.

—Entonces esperá a que el tiempo de la torre te aclare el entendimiento —dijo Clodomiro.

—Con Jacinto puedo aprender a leer sin agachar el lomo para pedir permiso por cada pregunta fea —contestó ella, tocándose el dobladillo de la manga izquierda.

—El jardín de las dalias no es el mundo de afuera —advirtió el sacerdote.

—Tampoco lo es esta casa baja donde el polvo de los expedientes apesta a cal vieja —contestó Mascrina.

La muchacha estaba frente a él, no en el rincón de la cocina con el jarro de peltre ni al pie de la hamaca arreglándole la manta, sino de pie, con el vestido azul sin pedir permiso. Cuando quiso hablar con dignidad de sacerdote, le salió la voz del propietario.

—Jacinto es poca cosa para una muchacha que sabe leer los libros del profesor Rafael —dijo.

—Yo también he sido poca cosa para los comerciantes que suben por el trillo —contestó Mascrina—. No me ha matado esa miseria.

El sacerdote buscó una razón mejor para negarle la bendición: la prudencia del obispo, la edad de la muchacha, la estabilidad del solar, los chismes de la pulpería. Todas le sonaron a excusas cómodas de viejo con miedo de quedarse solo.

—Te vas a cerrar el camino con ese jardinero —dijo Clodomiro.

—No quiero que mi vida dependa del permiso de una sotana —contestó Mascrina.

La mano derecha de Clodomiro se levantó en el aire húmedo de la casa. Quiso detener las palabras, no golpearle la cara. El gesto cortó el aire entre los dos. Mascrina miró la mano, luego la aguja, luego la cara del cura.

Mascrina retrocedió un paso hacia el umbral. No por miedo al golpe, sino por la claridad recién nacida de su cabeza.

—No me diga que es mandato del de arriba si es solo miedo de quedarse sin sirvienta —dijo, con los ojos secos.

Jacinto esperaba junto al poró grande de la plaza. Había decidido no entrar porque sabía que la decisión de casarse pertenecía a Mascrina. Más tarde, las beatas y los comerciantes usarían esa ausencia contra él cuando todos buscaran a quién culpar.

—No puedo bendecir una confusión que no viene escrita en los libros de latín —dijo Clodomiro.

Mascrina asintió con un movimiento seco. Sus ojos estaban secos como la tierra de siembra de Dorotea.

—Entonces no bendiga su propia costura por dentro del revés —contestó, agachando el lomo para salir.

Salió de la casa baja sin pedir licencia. Clodomiro escuchó sus pasos alejarse por el barrial del jardín. El nombre de la muchacha le subió a la garganta, pero lo mordió hasta que supo a herrumbre.

Esperó en su hamaca a que el reloj de bronce diera las doce campanadas secas del mediodía.

XIX

Empezó en conversaciones pequeñas en la acera de la pulpería: una risa junto al puesto de cuchillos del cuñado de Dorotea; una frase sobre el orgullo de las muchachas que sabían leer; un campesino que bebió guaro para darse el coraje que no tenía; otro que vio el rumbo del camino y cerró el portón de su rancho; una mujer que quiso avisarle a Jacinto y se quedó con el quejido en la garganta porque tenía cuatro carajillos dormidos.

El agresor había cargado leña esa mañana, prestado una cuerda en la pulpería, pagado una deuda al mudo Gregorio y saludado a Prudencia con un movimiento sumiso del sombrero. En la tarde, frente al tramo de cuchillos, dijo que Jacinto se creía con derecho a mirar de soslayo porque el cura le permitía regar las dalias. Alguien le celebró la gracia. Otro añadió que a ciertas carajillas con papeles en la manga había que recordarles por dónde se entraba a la puerta baja del rancho de sus suegros. Nadie dio una orden; nadie la necesitó.

Clodomiro oyó el eco de las risas desde su hamaca. Preguntó al muchacho de las sandalias quiénes andaban arrastrando machetes por la plaza. El muchacho le dio nombres de hombres que debían favores en el despacho. El sacerdote apoyó el breviario cerrado sobre el pecho. Bastaba una palabra suya para mandar llamar a Mascrina o enviar por Jacinto. Escuchó otra risa en la plaza y decidió esperar a que el ruido se gastara solo.

Jeremías también vio pasar al hombre desde la escalera de la torre, con el machete mal envainado y la boca torcida por el guaro. Tenía una tuerca de bronce entre los dedos y pensó que bajar a la plaza le haría perder el hilo del mecanismo. Cuando volvió a mirar, el trillo ya estaba vacío.

Hubo un rancho abierto a la fuerza del hacha en medio de la llovizna, una silla de tres patas caída, un jarro de peltre roto contra la pared, un vestido azul rasgado por las costuras del revés y una sangre oscura sobre la tierra donde no debía haber más que dalias y albahaca. En la acera, alguien dejó de reír demasiado tarde.

Mascrina gritó en medio de la oscuridad. El primer grito despertó al perro flaco de la pulpería; el segundo encendió una lámpara en el rancho de Dorotea; el tercero llegó hasta la casa baja de Clodomiro con fuerza de piedra de río.

El cura oyó el quejido desde su hamaca. Después diría ante el obispo que creyó que era el viento golpeando las tejas. Llamó al muchacho de las sandalias para que lo acomodara en su taburete; el muchacho tardó una eternidad en amarrarse las correas. Cuando llegaron al rancho, la llovizna ya había cambiado el rumbo del aire. No había gritos. Había una respiración cortada en medio de la oscuridad del jardín.

Jacinto llegó al templo cuando el amanecer empezaba a poner cal en los techos de paja. Su cara no traía heroísmo de novela; traía el espanto de quien encuentra su propio jardín pisoteado. Encontró el papel de estraza con la palabra injerto tirado en el

fango, lo recogió, lo soltó, lo volvió a recoger y se quedó mirando el rastro negro sin saber qué hacer con sus manos.

Mascrina no salió de inmediato. Se quedó sentada junto a la batea, con el vestido azul sobre las rodillas, intentando lavar una costura sin tocarla. Cada vez que el jabón de coche rozaba el remiendo, la mano se le quedaba quieta. Afuera, Jacinto caminó dos veces frente al rancho y no se atrevió a llamar.

Al tercer intento, ella sacó del dobladillo el papel de estraza donde había escrito injerto. La palabra seguía ahí, torcida pero legible. La dobló de nuevo con una precisión lenta y la guardó en la manga limpia, no como promesa de salvación, sino como una cosa pequeña que todavía era suya.

Al amanecer del domingo, Mascrina caminó por el centro de la plaza. La ropa remendada le colgaba del cuerpo como una manta vieja. Tenía una mirada tan firme que ninguno de los hombres de la pulpería confundió su andar con la paz de las estampas santas. Miró de frente a Clodomiro, sentado en su taburete. El cura bajó los ojos primero.

El vecindario quiso convencerse de que toda la desgracia cabía en un solo culpable. Algunos culparon al guaro; otros, al deseo de Mascrina por leer fuera del rancho; muchos guardaron un silencio de vergüenza que les duró toda la cosecha del cacao. Ese silencio no levantó ninguna viga caída.

El reloj de bronce dio trece campanadas a una hora que no venía en los almanaques. Nadie levantó los ojos del machete para mirar las manecillas; Mascrina

sí levantó la cabeza. No miró la máquina de Jeremías. Miró las caras de los hombres de la pulpería, una por una, como quien junta pruebas sin prometer perdón a ninguna sotana.

XX

A la mañana siguiente, todos repasaron con miedo dónde habían metido los pies y qué tan cerca quedaban sus nombres de la culpa.

La mujer que había cerrado el portón dijo en la cocina de Dorotea que estaba sola con sus cuatro carajillos y que una madre pobre no tiene brazos para pelear con borrachos de pulpería. El campesino que celebró la broma juró que un chiste no empuja cuerpos al fango. El que sirvió el aguardiente aseguró que nadie bebe con mano ajena. El muchacho de las sandalias mostró las correas rotas como prueba involuntaria de su demora. Nadie mentía del todo; eso volvía más difícil encontrar la línea exacta de la culpa.

El agresor apareció al atardecer junto a la quebrada. Le temblaban las canillas, tenía la camisa desgarrada y un olor a miedo viejo. Primero dijo que no recordaba nada por culpa del guaro; después empezó a confesar solo los pedazos que lo favorecían. Lloró como mula cansada cuando mencionaron la posibilidad de mandarlo amarrado al juzgado.

—Matarlo en la plaza sería un castigo muy rápido —dijo Prudencia, sin levantar la voz.

Prudencia era una mujer de mediana edad, con el delantal limpio de cal, los ojos atentos a los pesos de la balanza y ninguna medalla de iglesia para mandar. Tal vez por esa falta de nombramiento podía decir verdades que dejaban mudas a las beatas.

—Si lo matan hoy con machete, mañana todas las cocinas van a fingir que la costura rota se reparó sola con sangre —añadió, mirando de reojo a Clodomiro.

Lo encerraron provisionalmente en una bodega de cacao de Dorotea. Ella guardó la llave en el delantal y no dejó que ninguno de los hombres de Clodomiro la pidiera prestada para arreglar el asunto en voz baja. Los hombres hablaban de vengar el honor con cuchillos; las mujeres conversaban sobre el cuidado de Mascrina, sobre la puerta que nadie abrió y sobre la risa que había caminado por la plaza antes que el machete.

Clodomiro quiso pronunciar la palabra perdón. El sermón le pesó en la lengua antes de salirle del pecho.

—No —dijo Mascrina, sin levantar la voz—. Primero digamos qué pasó de verdad, sin esconder las costuras por dentro. Después vemos si queda algo útil para remendar.

Nadie supo dónde acomodar aquella frase. Uno de los hombres de Clodomiro pidió que la muchacha declarara en privado para no ensuciar la cal de la torre frente a los visitantes. Prudencia preguntó desde cuándo la plaza era más delicada que el jergón de una muchacha. Dorotea le arrimó un jarro de agua; Jacinto seguía junto al portón de la bodega, con las manos abiertas y los nudillos rotos de golpear el tronco del poró.

Videntino, que por aquel tiempo era un muchacho de ojos sin pupilas claras, comentó desde la acera de la pulpería que había visto un hilo negro entre la risa de la tarde y la sangre derramada en las dalias.

Victorio, acostado bajo la sombra del templo con una hoja seca entre los dedos, le contestó:

—Decilo como querás, pero no dejés fuera al cura que cerró la puerta cuando la muchacha pidió la bendición.

Videntino se guardó la palabra de vidente en el bolsillo. No por derrota de sus visiones, sino por aprendizaje.

Mascrina pidió que cada quien dijera en voz alta qué andaba haciendo con las manos cuando pudo haber hecho otra cosa. La mujer de los cuatro carajillos habló primero de su miedo; el campesino de la broma dijo media sílaba sobre el guaro y se quedó sin voz. Clodomiro no pudo colgar aquella confesión en ningún libro. La aguja de Bernarda estaba sobre la mesa; la punta oxidada parecía más pequeña que un grano de cacao.

XXI

Mascrina y Jacinto no buscaron amparo en la torre ni pidieron más clemencia en el despacho bajo. El vecindario vio cómo el jardinero levantaba un rancho en la ladera, lejos del trillo donde los comerciantes medían sombras con su balanza verde. Nadie los ayudó a acarrear vigas. La gente prefería esquivarlos para no mirar los jirones del vestido azul, colgados en el patio como un remiendo que no lograba ocultar la herida.

El jardín del templo empezó a perder el orden que Jacinto le había regalado. La albahaca se llenó de herrumbre, las hormigas hicieron caminos sobre la cal y las dalias rojas crecieron torcidas, silvestres. Las beatas decían que aquel desorden era castigo por la soberbia de la carajilla que quiso leer antes de aprender a callarse.

Clodomiro los miraba desde su hamaca. El silencio del valle pesaba más que todos los gritos de la noche rota. Dorotea ya no le dejaba papayas en la puerta; el muchacho de las sandalias se demoraba horas con el jarro de agua; las consultas de todos los días empezaron a perderse en el barrial, como si los campesinos hubieran descubierto que el latín no curaba el frío de las canillas.

Una tarde, Mascrina bajó al río a lavar sus mantas. El cura la vio pasar desde el dintel, derecha como una regla de costura. Quiso llamarla, ofrecerle una moneda de cincuenta céntimos, pedirle que barriera la cal de la torre una vez más. Las palabras se le quedaron secas en la garganta. Mascrina metió las

mantas en el agua, golpeó la tela contra la piedra y no volvió la cabeza.

XXII

La semana siguiente, Paraíso intentó volver a la normalidad y no supo por dónde empezar. En la pulpería, los hombres hablaron del precio del cacao sin reírse; cada frase caía sobre el mostrador como una moneda falsa. El templo abrió sus puertas para un velorio, pero las dalias secas siguieron en el altar porque nadie quiso tocar el jardín de Jacinto.

Clodomiro esperó consultas durante tres tardes. La puerta baja seguía obligando a doblar la frente, pero ya casi nadie cruzaba el dintel. El muchacho de las sandalias dejó el jarro de agua sobre la mesa y salió sin pedir bendición. Dorotea pasó por el trillo con un saco de yucas al hombro y no miró hacia la hamaca.

Una tarde de viento, Jacinto vio al cura solo en el corredor, más pequeño que su propia sombra. Apretó el cuchillo mellado contra la cintura y murmuró que a ese hombre no volvería a cargarlo ni aunque se le viniera el río encima. Mascrina no le respondió. Siguió caminando con una manta limpia bajo el brazo hasta que la curva del trillo les escondió la casa baja.

XXIII

Jeremías decidió que su máquina ya no tenía engranajes que reparar. Subió de madrugada por la escalera de la torre para mirar por última vez las manecillas que insistían en andar hacia atrás. Encontró tres dalias marchitas y una moneda de cincuenta céntimos sobre la repisa. La moneda le recordó la tuerca que no soltó la noche de la agresión. La dejó donde estaba y acarició el péndulo con sus dedos aceitosos.

—Esta carajada de bronce es la única que dice la verdad del valle —murmuró, mirando el río ancho.

Bajó de la torre con su caja de herramientas. No se despidió de Clodomiro ni de don Chano; cogió el trillo antes de que el amanecer descubriera su nombre. Victorio, que dormía bajo el poró grande, abrió un ojo y le preguntó si iba a comprar más manecillas para asustar al de arriba. Jeremías dejó un destornillador clavado en la tierra y siguió caminando sin volver la cabeza.

Con la partida del relojero, la máquina quedó sola en lo alto del templo, dando campanadas que no obedecían a la municipalidad ni al reloj de oro del obispo. El vecindario dejó de intentar enderezarla. Algunas tardes, las campanadas llegaban a las cocinas antes de que el arroz estuviera listo; otras, tarde, cuando ya nadie esperaba nada de una máquina de bronce.

XXIV

El invierno entró con un viento helado que dobló los porós de la plaza y tiñó el cielo de ceniza. Llovió seis días con un aguacero pesado que bajaba de las lomas arrastrando lodo, ramas secas y fango rojo. El camino de lastre abierto con treinta machetes se convirtió en una zanja inservible que impedía el paso de las carretas de cacao.

La balanza verde se cayó de lado; el tramo de cuchillos del cuñado de Dorotea se inundó; el puesto de sal se deshizo en un caldo blanco que los puercos de don Chano terminaron de devorar. Las telas finas, los espejos pequeños y las libretas de apuntes quedaron flotando entre tablas sueltas, sin saber a quién cobrarle el viaje.

El río ancho, el que los indios llamaban de una forma que el secretario de la vicaría no supo copiar, empezó a crecer con un rumor de piedras al fondo de la corriente. No sonaba a música de iglesia ni a descanso eterno; sonaba a golpe salvaje, subiendo por las grietas de la tierra de Dorotea y amenazando los techos bajos. Las viejas se santiguaron tres veces, diciendo que el de arriba cobraba con agua la sangre derramada en el jardín de dalias.

Al sexto día, la casa baja de Clodomiro empezó a llenarse de agua sucia. El piso de tierra se convirtió en fango y el camastro olía a caña podrida y sábanas viejas. Inmóvil en la hamaca, sintió que el frío de las piernas muertas le subía por las costillas. Esta vez no oyó pasos de carajillo ni taza de café golpeando la mesa.

El dintel estaba medio cubierto por la inundación. A través de la rendija, el sacerdote vio el reflejo del templo y la torre flotando en la poza oscura. Sintió pánico y, enseguida, el sabor amargo de verse así: con la sotana mojada, la Biblia fuera de su alcance y la hamaca clavada en un rancho que ya no obedecía a ninguna palabra suya.

La puerta se abrió con un crujido. Clodomiro levantó la cabeza, esperando ver al agresor del cuchillo o al fantasma de Bernarda. En el umbral aparecieron Jacinto y Mascrina, con el agua por las rodillas y las camisas empapadas. Jacinto traía el cuchillo mellado al cinto; Mascrina traía las manos abiertas, listas para levantarlo.

—Hay que subirlo a la torre antes de que el río se lleve este rancho —dijo Jacinto.

Jacinto no le ofreció la mano para besarla. Metió el hombro bajo la espalda del cura mientras Mascrina recogía la Biblia mojada del suelo y la apretaba contra el pecho. Ninguno dijo padre.

Subieron a Clodomiro por los peldaños angostos de la torre. Jacinto iba delante, tirando de la manta con

los dientes apretados; Mascrina empujaba desde abajo con los brazos hundidos en el agua hasta los codos. Cada escalón le arrancaba al cura un corrientazo por la espalda, recordándole que su carne muerta seguía amarrada a la tierra.

El río golpeaba las bases de piedra con un ruido de tinajas rotas. Desde abajo subía olor a cal mojada, a cacao abierto y a nido de paloma abandonado. Las campanas del reloj se mecían sobre ellos sin saber a qué hora pertenecer.

Arriba, Clodomiro vio las aguas marrones arrastrar los horcones de su casa baja. Los expedientes que había guardado en cajas de cedro flotaban como hojas secas en el remolino; una página se pegó a la pared del templo y dejó ver, por un segundo, una firma corrida por el agua.

No vio un reino destruido de golpe, sino objetos sueltos que ya no aceptaban dueño: la mesa de poró negro, una estampa de la virgen con el cuello vacío de plata, el jarro de peltre que Mascrina había lavado tantas tardes, las mandarinas girando contra el fango como ojos amarillos.

Mascrina le acomodó la manta mojada sobre las piernas muertas. Clodomiro buscó en la bolsa con los dedos entumecidos y sacó la aguja oxidada de Bernarda.

Miró la aguja en su mano. El metal oxidado parecía ridículo frente a la crecida que borraba los linderos de las lomas, pero todavía tenía esa punta seca que picaba en el pulgar cuando se le acercaba demasiado.

Le tomó un rato abrir la mano. No fue un milagro de los altares; fue el simple cansancio de sostener un hierro inútil. La aguja cayó sin ruido, tragada por el lodo espeso. Clodomiro tardó en respirar, con el aire frío del sur atorado en la garganta, antes de poder mirarlos.

—Gracias —dijo Clodomiro, con una voz ronca que apenas salió de la garganta.

Mascrina no sonrió de inmediato. Le sostuvo la mirada con los dientes apretados, como quien carga una cubeta demasiado llena. Jacinto asintió una sola vez y se volvió hacia la escalera para mirar si el agua seguía subiendo.

El reloj de Jeremías dio las doce campanadas del mediodía hacia atrás. El agua golpeó el primer peldaño de la torre. Ninguno de los tres levantó la vista.

FIN



AUTOR

Raúl Méndez Rodríguez

Escritor, editor y desarrollador costarricense. Trabaja entre literatura, edición independiente y tecnología cultural.

Es autor de:

- Textos imprescindibles,
- Anexos,
- Cartografía del desaliento y
- Don Federico de la Torre.

E impulsa proyectos editoriales desde Sello EDI.

sello
EDI